

Por: MARIANGELIE ORTIZ ORTIZ

Lectura: **“Reconstruyendo a Puerto Rico, una casa a la vez”** (20 de marzo de 2018)

[Mariangelie Ortiz Ortiz es estudiante de la Universidad del Turabo y voluntaria de las organizaciones La Maraña y Coco de Oro. Aquí describió el impacto del huracán María en su comunidad y cómo la gente se organizó después de este.]

Vivo con mis padres y mi hermano mayor en un pueblo montañoso en el centro de la isla. Esta semana se cumplieron seis meses desde que el huracán María tocó tierra aquí. Los fuertes vientos comenzaron a azotar nuestra zona a las dos de la mañana del 20 de septiembre. Para ese momento ya llevábamos un día sin energía eléctrica ni agua.

Mi familia, junto con otras 200 personas, buscaron refugio en una escuela secundaria de nuestra ciudad. Siempre que se abrían las puertas para dejar que otros entraran, el viento azotaba los pasillos. Estaba asustada. Algunos de nosotros nos reunimos en círculo, nos agarramos de manos y oramos con la esperanza de que nos trajera un poco de paz. Entonces el caos, estalló.

El Río de la Plata, que atraviesa a Comerío, había crecido más de 60 pies y se acercaba cada vez más a la puerta principal de la escuela. Temiendo lo peor, quienes estábamos refugiándonos en el primer piso rápidamente subimos las escaleras hasta el segundo piso, cargando a la gente anciana que estaba postrada en cama.

Al final nos salvamos. Una vez que el ojo de la tormenta se posó sobre nosotros, las cosas se calmaron. Pronto desde el segundo piso, vimos familias enteras que caminaban hacia la escuela. En total, más de 100 personas llegaron; mojadas, llenas de lodo, abrazadas y llorando. Una madre cuya casa se había inundado nos contó cómo ella y sus hijos evitaron el casi ahogarse. Había levantado a sus tres hijos - todos menores de 5 años- sobre sus hombros y vadeó el agua hasta llegar a un terreno más alto. Una mujer se desmayó cuando relató cómo las inundaciones se habían llevado su casa.

Durante la segunda noche finalmente pudimos ir a mi casa. Estaba completamente oscuro y llovía. El techo de nuestra terraza se había ido; un árbol que se había caído en la parte trasera de la casa causó algunos daños estructurales y el agua había entrado por las ventanas. Pero nuestra casa, construida de hormigón, todavía estaba en pie. Estuvimos entre los poco afortunados.

Tres días después del azote de María, las calles seguían estando en gran parte, intransitables. Salimos a pie hasta el río que fue nuestra fuente de terror durante la tormenta, y verificando cómo estaba la gente del vecindario a través del camino. No había electricidad ni agua, por lo que el río era ahora nuestra única fuente de agua. Nos bañábamos en él, lavábamos la ropa y los platos en sus orillas y llevábamos a casa todo el agua que podíamos para hervirla para poder beberla y cocinar.

Pasaron unas dos semanas antes de que abriera el supermercado del pueblo, y dos meses más antes de que pudiéramos usar nuestras tarjetas de crédito para comprar allí. Nos quedamos sin efectivo. El banco local permaneció cerrado hasta finales de noviembre. El gas escaseaba. Antes del huracán, yo estaba trabajando para obtener una maestría en la Universidad del Turabo. Tuve que ponerle una pausa a mis estudios. Cuando la universidad volvió a abrir en octubre, tuve que ir a los pueblos vecinos que tenían energía eléctrica para contactar a mis profesores y mis compañeros, o para trabajar en mis asignaciones. Todo se volvió complicado.

Desde entonces, poco ha mejorado. Queda mucho por hacer. Seguimos luchando para que podamos volver a encender nuestras luces. El gobierno local no ha venido a reunirse con nuestro vecindario ni a brindarnos actualizaciones. Nos las arreglamos con un generador que nos envió mi tío desde Estados Unidos. Otros familiares y amigos nos han traído filtros de agua, baterías, comida y lonas para los techos que tanto necesitamos.

En total, unas 1,500 viviendas en Comerío fueron destruidas y otras 2,400 sufrieron daños grandes. Comencé a hacer voluntariado en el esfuerzo de recuperación. Estamos juntas en esto y todos estamos colaborando para ayudarnos unos a otros en la reconstrucción. Pero solo en mi vecindario hay 25 casas más que necesitan trabajo y miles más en todo Puerto Rico.

Trabajamos juntas para ayudarnos a salir de esta pesadilla, pero no podemos hacerlo solos. No acabo de entender por qué el gobierno de Estados Unidos sigue reteniendo la ayuda que nos prometió. Estamos cansadas de que nos traten como ciudadanos de segunda clase. El gobierno de Trump debe cumplir su compromiso con Puerto Rico. Puede que nuestra isla azotada por un huracán ya no aparezca en los titulares de las noticias, pero todavía estamos sufriendo y necesitamos ayuda.